El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8313 | DIARIO DE LA NOCHE | TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 24 de Julio de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus piés rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate..

A los consumidores que presenten el día 1.° de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito.*

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los tísicos, de los viejos, de los niños) Cólera, Tifus, BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ Disenterías, Vómitos (de los niños y de las embarazadas) Catarros y úlceras del estómago
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

NO MAS CALENTURAS

Se acabarán las calenturas, tercianas y cuartanas por rebeldes que sean, tomando las píldoras antifebrífugas preparadas por D. Fermín Martín y Gil, Farmacéutico de Cáceres.

Es tan grande la eficacia de nuestras píldoras antifebrífugas para estas enfermedades, que no solo hacen al enfermo desterrar las Calenturas desde el momento en que las empieza á usar «siempre que sea en la forma que determina el prospecto que cada caja lleva dentro» sinó que hacen que recobre el apetito perdido y como consecuencia inmediata, la adquisición de las fuerzas que no tiene, perdidas también, por causa de la enfermedad, sucediendo todo ello de una manera tan rápida en la economía, que permiten que el paciente continúe consagrado á sus ocupaciones constantes sean las que fueren, sin dejarlas un solo día: Tal es la naturaleza de nuestras píldoras antifebrífugas.

Precio de la caja entera. . . 22 rs.
Id. de la media caja. . . 11 rs.

Se expenden en las farmacias de los señores don Luis Rizo y Blanca, Cuatro Santos 14 y 16 y Sres. Germes hermanos; Carmen 12 y Mayor 14, Cartagena.

Los concejales y el caciquismo.

Por la modificación del artículo 62 de la Ley de Ayuntamientos, en las capitales de provincia y en las demás poblaciones cuyo número de habitantes excedan de 6.000, los concejales no podrán ser reelegidos, hasta cuatro años después de haber cesado en el cargo.

Podría decirse que este es un golpe mortal para el caciquismo: pero como dice el refrán que «quien hizo la ley hizo la trampa,» ahora se van á ver buenas cosas y muy buenos concejales.

No crean ustedes que se buscarán las ilustraciones del país para formar un Ayuntamiento, como está en el espíritu de la Ley, que no obedezca las órdenes del cacique, no; se buscará lo más selecto de sus paniaguados, y entrarán en turno muchos de los que están á su órdenes, por aquello de que en España todos los españoles servimos para todo.

Que los individuos necesitan de éstos ó los otros requisitos para ser concejales, es decir elegibles; pues se les adorna de esos requisitos legales y ya tenemos un concejal hecho y derecho. Llámese amigo, pariente ó servidor; el caso es contar con gente apropósito.

Con seguridad que el Sr. Mellado que fue el que presentó esta proposición de ley en el Congreso, no habia caido en esto, porque no sabe hasta dónde llega el poder del caciquismo.

Díganlo los pueblos que solo viven hoy por, y para sus patronos.

Quedará en los de corto vecindario la mala semilla; pero en las capitales y poblaciones de más de 6.000 almas, la ley viene á poner un fuerte dique á los caciques, esto es si no contamos con la huéspeda, como hemos dicho, si no se hacen concejales al gusto, ó á todo bicho viviente.

Que será lo más natural, pues un cacique no puede vivir si no cuenta con gente que cumpla sus mandatos; con la carne de cañón con que cuenta siempre por más que tenga que hacer de vez en cuando algunas concesiones con aquellos que son más despiertos y saben secundar mejor sus órdenes.

La reforma se imponía; pero desgraciadamente en España nos ocupamos todos más bien de burlar la ley que de cumplirla, y como esto no viene de abajo para arriba, sino de arriba para abajo, hé aquí por què no encontramos buena ninguna ley.

La que nos ocupa no puede ser mejor, puesto que tiende á que vaya turnando en la administración el buen ciudadano, desterrando esas oligarquias que se apoderan de la cosa pública años y años y dándole el golpe de gracia á ese caciquismo destructor que todo lo envenena mangoneando la administración local como si fuera una propiedad dada por juro de heredad á los amigos y paisanos del cacique.

Pero ya hemos dicho que todas estas excelencias de la ley quedarán burladas á las primeras de cambio, no por deficiencia de dicha Ley, sino por la manera de como se cumplen las leyes en España.

Se dirá que de esta manera no hay ley alguna posible; y nosotros afirmamos que no la habrá mientras no se dé una sola que tienda á derribar para siempre el caciquismo.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CARAVACA

Charada

Prima tercia del *dos cuarta*
vi un *todo* en la región alta.

M. Sánchez Sánchez.

La solución en el número próximo.

CORAZÓN DE ORO

Rubia como las espigas y sonrosada como un capullo era la hermosa hija del afamado autor Laurencio Leyva.

Educada por su santa madre en el amor de Dios, aleccionada por los consejos de su ilustre padre, que tenía todas sus ilusiones puestas en el único sér que la suerte le permitió conservar á su lado, poseía tantas y tan excelentes cualidades, que no era posible hallar otra niña como ella, pues hubiérase dicho que se habían escogido las singulares prendas de muchas mujeres para adornar una sola.

Gracia, sencillez; modestia, clara inteligencia; afabilidad de trato, elegancia innata, y sobre todo, sensibilidad exquisita: tales eran las principales dotes que se descubrían en ella á poco que se le tratara.

Jamás la sonrisa desaparecía de sus labios, y nunca el dolor ajeno halló indiferente su alma.

Compartía de tal suerte las desdichas de los demás, que sus padres hubieron de inquietarse al ver la facilidad con que se apenaba y entristecía, hasta derramar lágrimas, siempre que veía la miseria, que por desgracia abunda tanto.

Por esta causa, y por la de ser bastante rico su padre, le llamaba «Corazón de oro». ¡Cuántas veces se oía esta frase, así en los tugurios más humildes, donde acudían Rita y su madre á aliviar el dolor, como en los círculos de gente elegante y desocupada, comentando el doble sentido de la frase!

Lo más curioso era que la niña solo contaba doce años; pero el desarrollo de su cuerpo, precoz como el de su inteligencia, hacíanla aparecer de 16, por lo menos.

Y entonces tenía 32. Estaba en los comienzos de mi carrera.

Gozaba ya de alguna reputación como médico práctico, y fuerza será decirlo, aun cuando me taches de petulante, la fortuna me sonreía; era, feliz mucho más feliz que ahora, que me veo abrumado de honores y años.

He amado y amo aun con pasión los niños, y mi mayor orgullo ha consistido en devolverles sanos á sus desconsoladas madres.

Al propio tiempo he consagrado un culto idólatra á la amistad: ambas cosas han sido causa de no pocos desengaños y contrariedades.

Amigo íntimo de la familia Leyva, compartí con ella sus penas, y ellos, á su vez, me consolaban en mis duelos, me animaban en mis vacilaciones, comprendían mis amarguras. Cada hijo que perdieron fue un dolor común, y al nacer Rita empezaba yo mi carrera, lleno de ilusiones.

Puede decirse que consagré todos mis cuidados á la pequeñuela que despertaba tan gratas esperanzas en los infortunados padres. ¡Cuántas noches pasé á su cabecera con ellos! ¡Con qué alegría la oí pronunciar mi nombre, qué dulce rubor cruzaba por mi rostro cuando escuché más tarde los elogios que la prodigaban, y de que hice mérito antes!

Su buena madre me decía riendo una noche, al verla dormir en mis brazos, después de haber manchado algunas cuartillas del papá con dibujos y papelotes:

—Mira, edúcala á tu gusto y cásate con ella. Te concedemos su mano, ¿verdad, Laurencio?—Y el excelente Laurencio respondía muy serio, mirándome por encima de sus quevedos de concha y dejando de escribir:—Mira, yerno, creo que harías bien en acostar tu mujercita en la cuna.

No puedo recordar todo esto sin enternecerme.

Soy ya viejo, amigo mío, y aunque vosotros los jóvenes propendeis á la burla, sé que me disculparás si me conmuevo en el trascurso de este relato, provocado por una pregunta que acabas de hacerme, que me han hecho ya varias veces, pero que no he contestado nunca hasta hoy sinceramente.»

Mi querido maestro arqueó las blancas cejas, quitóse las gafas de oro, limpió los cristales, se enjugó los ojos y continuó su narración en estos términos, con la frase entrecortada y expresiva que le caracterizaba:

—«A medida que me daba á conocer en el mundo científico y se forjaba esa lenta marea que ha dejado en puerto seguro el vástago de una familia desgraciada, como el mar deposita en la playa el resto carcomido de la nave náufraga, ella crecía, y cada momento de su vida era un progreso y una satisfacción. Su desarrollo, como dije, sorprendía y encantaba. Sus padres y yo rebosábamos, como suele decirse, de gozo. La educación de la niña nos absorbía tan completamente, que dudo haya habido en este mundo sér más amado y cuya crianza haya obedecido á una dirección más sensata y cuidadosa.

Cariño exento de exageración é imprudentes mimos, cuidados de todo género y vigilancias exquisitas, rodeaban á Rita.

En mis tiempos el niño era niño hasta la época en que debía ser adolescente, y las precocidades eran también temidas como son temibles.

Su organización no presentaba, al parecer, ninguna señal que pudiera alarmarnos.

Su inteligencia poseía fortaleza impropia de su tierna edad.

Laurencio, débil y excesivamente nervioso, dotado de sensibilidad exquisita, padecía frecuentes ataques, debidos á una lesión cardiaca que más de una vez me puso en gran cuidado.

En cambio, su esposa tenía un temple verdaderamente masculino, siguiendo con espartana impasibilidad las prescripciones médicas é higiénicas para su niña.

Continuaba haciéndoles visita diaria, y de día en día aumentábase mi cariño hacia ellos, si éste era susceptible de aumentar; ¡tan grande era!

Y he de serte franco: la frase materna que antes cité, había, por así decirlo, anidado en mi mente.

Sin saber cómo, la ternura casi paternal que sentía por Rita—pues era su padrino—se convirtió poco á poco en afecto dulce y tranquilo que llamaría amor si no temiera que tú, y los que como tú pensais en estos tiempos se sonrieran maliciosamente.

Sí, yo la amaba conforme á mis ideas sobre el amor y la amistad: sin tiranías idolátricas; constante, sincera, profundamente.

Sin embargo, mi conducta ante ella no cambió. Era una casi paternal solicitud y cariñoso y fraternal trato.

A pesar de todo, la costumbre de oir á los criados cuando niña: «Ahí está tu maridito.» «Toma esta cucharada para que te cases pronto,» y otras sandeces semejantes, que de seguro no se habían borrado tan fácilmente de su despierta imaginación, hubieron de dejar alguna huella, pues al entrar en el período de la vida en que no se atreve uno á besar las niñas, ella rehuía tutearme, y hasta habíase dicho que yo, siempre que podía, evitaba también hacerlo.

Por lo demás, excuso decirte si yo estaba satisfecho de mi «mujercita»... ¡Ni soñada! Solo temía que no viera jamás en mí su «maridito.» ¡Qué falta de ver!

Aun ahora—aun me estremezco al recordarlo—fuéronme llamaron con urgencia. Rita se quejaba de un dolor vivo, intenso, en las articulaciones, y de una angustia tanto más temible cuanto más imprevista é inusitada.

El dia anterior habían recorrido varias casas á orilla del río. Los males que trataban de